La historia silenciada del franquismo

(Viene de la página anterior)

gar al tajo", aseguraba Pedro Gómez González. El otro batallón entraba a las 13.00 horas, hasta la nueve de la noche. Cuando les daban la cena —coles cocidas, según recordaba— eran ya las once de la noche: "El trabajo era agobiante: teníamos que cavar y cargar ocho o diez vagonetas de metro y medio de tierra. Había que llevarlas por una vía, para ir allanando unos cerros". Les daban poca ropa. Dinero, ninguno. Cuando se escapaba algún prisionero, les castigaban haciendo instrucción después del trabajo. "Dos paisanos míos —recordaba— se escaparon y luego nos leyeron en el parte que los había cogido la Guardia Civil en la estación de León, pero seguro que los mataron porque nadie más supo de ellos". La sentencia a muerte era segura para aquellos a quienes la familia no les mandaba víveres. "Se pasaba mucha hambre. Nos cobijaban en una antigua fábrica de curtir pieles, a través de cuyo techo, por la noche, veíamos las estrellas ateridos de frío". El comandante se reía al verlos y los llamaba "hijos de la Pasionaria".

La lucha diaria por la supervivencia les permitió no perder el sentido del humor. Por la cantina regentada por el padre de Lourdes Cabanas, cuando apenas era una niña, pasaban los prisioneros del campo de Lavacolla. Los que se lo podían permitir compraban leche y pan, si no algarrobas. Los vecinos más longevos de Lavacolla todavía hoy recuerdan el cántico que popularizaron los soldados destinados en el campo de concentración: "Si quieres saber, Mercedes/ dónde está mi paradero/ campo de concentración, fábrica de Lavacolla/ donde ando prisionero./ Al entrar en Lavacolla/ lo primero que se ve/ es un pico y una pala,/ y un porrón para beber".

R. Prieto
A CORUÑA

Los esclavos de Franco

Sólo una minoría de represaliados gallegos fueron condenados a trabajos forzosos en su comunidad, como las minas de Fontao o Casaio

Convivieron con la enfermedad, con duros trabajos físicos, con el hambre y con la muerte. Miles de gallegos apresados por el Ejército franquista fueron trasladados tras el estallido de la Guerra Civil a campos de concentración para reconstruir carreteras, puentes, aeropuertos, canales, pantanos e incluso rehabilitar iglesias que habían quedado destrozadas por la contienda. Los más de 370.000 esclavos de Franco se asentaron en un centenar de campos de trabajo repartidos por todo el país, nueve de ellos en Galicia. Pero la política del Caudillo era la de alejar a los enemigos del régimen de sus hogares. Algunos batallones de trabajadores gallegos acabaron en Cataluña reparando obras civiles o fortificando la costa sur de Andalucía ante el temor de un desembarco aliado.

Los primeros campos fueron creados para albergar un gran número de presos —unos 50.000—. En un principio, fueron instalados en plazas de toros, recintos amurallados o campos limitados por alambradas, pero con el paso de los años se crearon pequeñas colonias más próximas al lugar de trabajo donde los presos vivían en unas condiciones infrahumanas.

Manuel Coto Chan, segundo teniente de alcalde de la localidad pontevedresa de A Estrada y presidente del Partido Republicano Socialista de A Estrada, fue uno de los miles de presos del franquismo condenado a trabajos forzosos. En A Estrada comenzó su periplo por varias cárceles de Galicia hasta que fue trasladado a una campo de concentración en Madrid. Según investigaciones de historiadores del proyecto *Nomes e Voces* de la Universidade de Santiago, Coto Chan llegó a la cárcel de A Estrada atado al rabo de un caballo de la Guardia Civil; y de ahí pasó a cumplir condena en Parda (Pontevedra) y El Dueso (Cantabria). Su último destino fue el campo de concentración de Brunete (Madrid), donde fue sometido a trabajos forzosos hasta 1945. Tras casi diez años en condiciones infrahumanas, Coto Chan fue indultado. Pero su estado de salud era tan delicado que nada más regresar a su casa de A Estrada falleció. Tenía 47 años.

Minas de Fontao

Uno de los pocos prisioneros gallegos que cumplieron parte de la condena en su tierra fue José Ángel Fernández Meis, natural de O Grove y miembro de la Xuventudes Comunistas y del PCE. Detenido después del alzamiento militar, Fernández Meis aceptó por la intervención de su padre alistarse en el Ejército sublevado como vía de escape a la situación de conflicto que se avecinaba. Pero en septiembre de 1937 intentó pasarse a la zona republicana. Todo fue en vano porque en ese intento fue detenido y condenado a muerte por deserción en consejo de guerra, celebrado en Zaragoza en 1938.

La pena impuesta le fue conmutada por 30 años de reclusión mayor y posteriormente a 12 años y un día de reclusión menor. La lista de penales y campos de trabajo por los que pasó comienza en San Gregorio y Santoña (Zaragoza). De ahí fue trasladado a Burgos hasta el año 40 y a Celanova, donde estuvo hasta 1941.

Sus últimos años de periplo carcelario transcurrieron en su tierra, Los campos de concentración de Madrid, Cataluña y Andalucía fueron los principales destinos de los presos gallegos. Contratados como esclavos de Franco, reconstruyeron puentes, carreteras o iglesias destrozadas por la guerra. Sólo unos pocos pudieron cumplir la condena a trabajos forzados en su comunidad. En el caso de Galicia, el aeropuerto de Lavacolla y las minas de Fontao acogieron a la mayoría en un batallón de trabajadores en el campo de internamiento de las minas de Fontao, en la comarca pontevedresa del Deza. Fernández Meis quedó en libertad provisional el 18 de abril de 1944. Por la definitiva, tuvo que esperar dos años más. Al drama de la guerra, tuvo que añadir el de la emigración y el exilio. Fernández Meis tuvo que reviventar su vida alejado de su familia. Y es que la tan esperada vuelta a casa no fue como la había soñado durante años. Un segundo exilio le esperaba en su viaje de regreso a casa. De Galicia puso rumbo a Pasajes y de ahí a Francia, donde falleció en 1998.







Presos en las minas de Fontao. A la dcha., Coto Chan con sus hijos y años depués en un campo. / 'NOMES E VOCES'

VÍCTOR SANTIDRIÁN ARIAS

Autor de 'Diario del soldado republicano Casimiro Jabonero'

"La Xunta paralizó la política de la memoria con la excusa de la crisis"

"De muchos campos no quedó huella en los archivos. Los presos no sólo lo pasaron mal sino que ahora se les está robando su historia"

R. Prieto
A CORUÑA

Hace ya seis años, Víctor Santidrián publicó un libro en el que recoge las penurias de los batallones de soldados en el campo de Lavacolla. Por causalidad, se hizo con el diario de Casimiro Jabonero, un preso de Cuenca que durante varias semanas participó en las obras del aeropuerto de Santiago. "Hay muchas dificultades de acceder a la documentación porque en muchos casos ya no existe", lamenta. "Eso —añade— frustra la reconstrucción de la historia para muchos de esos prisioneros de guerra. No sólo lo pasaron mal y fallecieron sino que incluso desapareció su memoria".

–¿Con qué objetivo surgieron los campos del franquismo?

–Estrictamente militar. Para controlar a los prisioneros de guerra. En los primeros años de guerra se produjeron muchos fusilamiento en estos centros. Pero después empezaron los procesos de depuración para ver quién estaba en el bando republicano por una causa ideológica o quién estaba haciendo el servicio militar. A partir de final de la guerra, esos prisioneros fueron considerados como mano de obra, tanto para obras militares como civiles, tanto públicas como privadas.

–¿En qué condiciones estaban los presos?

–Un general franquista que estuvo en Lavacolla en el año 40 hablaba de esas condiciones en un informe oficial. Este general relata que el techo tenía goteras, el suelo era de tierra pisada, los habitáculos de los prisioneros estaban sobresaturados, la alimentación era insuficiente, el calzado era malísimo, con un único uniforme de trabajo y todo roto... Hubo muchas bajas, primero por fusilamientos, luego por malos tratos y después por las condiciones de trabajo.

–Pero a diferencia de los campos nazis, los que Franco instauró no eran cerrados...

–En el traslado de donde estaban albergados los presos hasta el aeropuerto iban con guardia, pero no había un recinto como un campo de concentración nazi. La prueba de que Lavacolla no era un campo cerrado es que hay contactos con la población del lugar.

–¿Por qué hay tan poca información sobre los campos de trabajo en España, y en concreto en Galicia?

–De muchos centros no quedó huella alguna en los archivos. Es grave. Los presos no sólo lo pasaron mal, sino que se les está robando su memoria. Fueron desapareciendo los archivos por muchas razones, por desidia burocrática, por destrucción premeditada…

–Galicia es de las pocas comunidades que todavía no ha aprobado una línea de ayudas a presos del franquismo...



Víctor Santidrián Arias.

–Es lamentable. Como también lo es que en este momento, lo mucho o poco que se hizo para la recuperación de la memoria esté parado en Galicia. La crisis fue la excusa perfecta [para el Gobierno gallego] para paralizar la política de la memoria. Aunque si no hubiera crisis, se recurriría al argumento de que ese tema reabre viejas heridas.